Elliott, David, "Un creador de mundos", *Miguel Harte*, [cat. exp.], Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires, Buenos Aires, otoño de 2003.

Miguel Harte es un creador de mundos. Cuando nos conocimos en Buenos Aires a principios de los 1990 era como si todavía habitase un mundo infantil. Los pequeños objetos que me mostró parecían juguetes. Su humor también era inocente, no estaba de acuerdo con la hipercivilización de la gran capital.

¡Pero así es la Argentina! La vida no es un gran Manifesto blanco y las apariencias pueden ser engañosas. Bajo la superficie ricamente colorida, algo inquietante, otro mundo está tratando de emerger. Y Harte nos permite una mirada privada a este mundo cortando las superficies suaves e inmaculadas para mostrarnos lo que hay debajo.

Aunque sus objetos tienen una belleza extraña y algo letal, podrían ser productos de los pequeños talleres que inundan La Boca. Sus superficies laqueadas elegantes podrían haber sido diseñadas en un taller de autos –el tipo de lugar en el que un auto viejo destartalado se transforma en un Cadillac llamativo hecho a medida–. Aquí es donde Harte se siente cómodo.

Y entonces cuando uno penetra la superficie brillante a través del lente por lo que parece un orificio corporal, o ve fijo en un bloque de resina clara, este otro mundo se revela lentamente y uno no sabe si lo que ve es una tragedia o una broma. ¿La pequeña figura que gesticula bajo el vidrio está tomándonos el pelo, saludando o tratando de escapar? ¿Son insectos que pican o bacteria vírica fija para siempre en el tiempo, o solamente están esperando salir?

A lo mejor no importa. Lo que importa es el acto de mirar. "Soy un voyeur nato. Me gusta más ver que participar", el artista se convierte en un cómplice del espectador en este acto. ¿Quién mira a quién? ¿Estarán el artista y la audiencia para siempre encerrados en un eterno circuito cerrado giratorio, como dos perros que acaban de encontrarse en la calle?

A pesar de que se pueda aducir lo contrario, Harte no es conceptual los materiales y las ideas importan demasiado. En este mundo de artificialidad, la naturaleza es reina, aunque, lamentablemente, debido a las circunstancias del mundo real, el rol que debe actuar es el de súbdito. Un tono elegíaco se ha hecho evidente en algunas de las obras recientes.

Gasparlandia, 2001; empezó como un juguete para su hijo pero fue tomando vida propia hasta convertirse en un mundo de montañas, ciudades, ríos, caminos y bosques monocromáticos. Esta hecho en una sola pieza como si fuese una pista de autos en miniatura. Hay un hueco bajo la superficie y lo sostiene un bosque de pierna de elefante y estalactitas de resina. A mí me parece un mundo perdido –uno en el que hay poca esperanza– la ciudad es de monolitos imperturbables y hasta el campo no tiene vida.

Otros trabajos son igualmente pesimistas. “Árboles” desarraigados huyen precipitadamente como cangrejos a largo del piso de la galería. Casi parecen cuerpos torturados. ¿Les brotan “capullos” – o son llagas? – y como la mosca de David Cronenberg, parecen detenidos en la tierra patética de nadie entre Cyborg y la mutación. Son objetos que están ubicados más allá de la esperanza.

Un árbol arrasado se asienta sobre una biosfera sostenida por sus raíces, pero cuando uno mira de cerca cada rama y cada ramita terminan en una cabeza humana en miniatura y pequeños insectos humanoides se arrastran a través de la tierra de un color inhumano. No es la unión idealista del hombre y la naturaleza, si no una pesadilla fantasmagórica de un despojamiento químico o nuclear.

¿Se ha vuelto moralista Harte, un profeta de nuestro tiempo? Es difícil saberlo. El humor y la imaginación infantiles continúan pero con propósitos más serios. Los mundos que Harte crea ahora parecen peores que nuestros sueños más salvajes. Pero podemos reconocer nuestros rostros en su horrible belleza.